

 **SOLO PARA PADRES Y MADRES**

Ser padres

Soy dos veces padre. Digo que soy bipadre porque todos somos nuevos y distintos para cada uno de nuestros hijos. Les damos cada vez, y a cada uno de ellos, todo. No repartimos nuestro amor, sino que se produce un extraño fenómeno no explicado por la matemática moderna ni por la antigua: para cada uno de nuestros hijos, todo. A cada uno lo amamos infinitamente. Cuando por primera vez sostuve en mis brazos a mi hija supe que ya nada me iba a doler tanto como su dolor. Creo que entonces no esperaba quererla tanto como la quiero ahora, 25 años después.

En nuestro siglo, la gran aventura no es emprender largos viajes a tierras extrañas para afrontar mil y un peligros. Nuestra gran aventura es querer ser padres, querer ser madres. Es una aventura que dura toda la vida. A mí esto me lo enseñó Elisa, una niña de cuatro años. Una mañana hicimos juntos el recorrido desde el puente de Santiago hasta la escuela. Ella en el Seat Panda blanco de Ana Malo, su madre, y yo detrás, en mi viejo Renault. A veces se asomaba por luna trasera, me miraba y sonreía. Al llegar a la escuela Ana me dijo:

– ¿Sabes qué me ha preguntado Elisa?

– Cualquier cosa, le dije, sabedor de que Elisa era una de las niñas más ocurrentes de mi clase.

– Me ha preguntado que dónde y con quién vivías y le he dicho que con tu madre. Me ha mirado con unos ojos como platos y ha exclamado:

– ¡¿Víctor aún es hijo?!

Sí, era hijo. Entonces no sabía que somos hijos hasta que nos hacemos padres. Ser hijo es un estado pasajero. Sin embargo, somos padres para siempre. Aunque nuestros hijos crezcan más fuertes y más sabios que nosotros. Aunque no nos necesiten.

Por eso:

1.- Dedícales tiempo a manos llenas, generosamente. Son lo más valioso que tienes y nadie ni nada lo merece más que ellos.

2.- Escúchales, que tengan la seguridad de que te interesa todo lo que piensan y sienten, por insignificante que pueda parecer.

3.- Anímales a soñar y a perseguir la felicidad.

4.- Cuéntales el mundo. Te necesitan para entenderse a sí mismos y para entenderlo todo.

5.- Diles de mil maneras que son importantes para ti.

6.- En caso de duda, abrázalos siempre y bésalos con usura. Abrazos y besos curan nuestras heridas y nos ayudan a combatir el dolor y la incertidumbre.

7.- Felicítales cada vez que lo merezcan y cuando se equivoquen quíérellos mucho y tenlos más cerca de ti que nunca.

8.- Juega con ellos y alarga la risa, que pocas cosas nos unen tanto como la alegría.

9.- Repíteles que todo va a ir bien, convéncelos de que jamás hay que perder la esperanza.

10.- Diles que los quieres infinitamente. Es tan importante crecer sintiéndose querido...

11.- Que sepan que siempre les vas a regalar una segunda oportunidad.

12.- Necesitarás grandes dosis de sensibilidad –para comprenderlos, para saber qué pretenden– y firmeza –para hacerles entender que algunas cosas no se pueden decir ni hacer ni siquiera pensar.

13.- Diles en todo momento la verdad. Tenemos ese compromiso con ellos para que no crezcan en un mundo que no existe.

14.- Repíteles de mil maneras que crees en ellos, que son capaces de hacer todo lo que se propongan.

15.- Procura que tengan presente que, pase lo que pase, encontrarán siempre tus brazos abiertos, dispuestos a volver a empezar.

16.- Diles que tú estarás de su parte, tomando partido por ellos, compartiendo su suerte.

17.- Y, por encima de todo, convéncelos de que pase lo que pase, siempre los querrás.

Por: **Víctor Juan**

Director del Museo Pedagógico de Aragón